

Tal vez lo más fácil sea empezar por presentarnos. Somos un grupo de 15 trabajadores y trabajadoras que pertenecemos al Dispositivo Territorial Comunitario de la ciudad de Rosario, ubicado en Bv. Seguí al 5400, en una de las zonas donde la vulnerabilidad social y las marcas del narcotráfico se muestran más crudamente. Nuestra tarea es acompañar a jóvenes del barrio que están atravesados y atravesadas por multiplicidad de dificultades: consumos problemáticos de todo tipo, padecimientos de salud mental, fragilidad subjetiva producto de sus condiciones de vida, entre otros. Conformamos un equipo de trabajo interdisciplinario, entre profesionales y referentes territoriales, los y las cuales nos sostenemos ahí bajo la convicción de poder transformar algo de esa realidad que consideramos insoportable.

Sabemos que Rosario hoy es un poco menos bella que antes, se lo preguntes a quien se lo preguntes. Hace tiempo que se la define como la ciudad más peligrosa del país y quienes la habitamos sentimos en nuestros cuerpos un malestar que crece día a día. Esto no sólo no es ajeno a la población con la que trabajamos, sino que se profundiza en cada una de las personas que circulan por la institución. No queremos ser amarillistas, la realidad la conocemos todos.

Lo que sí aparece más oculto es la realidad de nuestras condiciones de trabajo. Desde diferentes lugares del Estado se reconoce lo indispensable de nuestra labor, se mencionan frases como "*sin trabajadores no hay políticas públicas*" o "*estamos cerca para ayudarte*". Sin embargo, quienes ponemos el cuerpo no podemos dejar de señalar la hipocresía de esas palabras. Las políticas públicas y la accesibilidad a los dispositivos de salud la realizamos los y las trabajadores, y para que eso sea posible es necesario que se garanticen nuestros derechos.

Lamentablemente, asistimos al desmantelamiento de los equipos de trabajo como producto de esta hipocresía y desinterés. Compañeras y compañeros eligen cambiar de trabajo porque nuestro sueldo no alcanza el salario mínimo, uno de nuestros compañeros sufrió un accidente saliendo de la institución y tuvo que costear su operación porque no contamos con un seguro de trabajo digno, todos y todas sentimos en nuestro cuerpo el cansancio de sostener 2 o 3 trabajos para llegar a fin de mes, acumulamos intereses porque nuestro salario no es pagado en tiempo y forma (al día de la fecha aún no sabemos cuándo se efectuará el pago), sentimos impotencia frente a cualquier situación de enfermedad porque no contamos con obra social. Tal vez lo más lamentable sea que ni siquiera somos reconocidos y reconocidas como trabajadores, porque para el Estado somos becarios.

Esta es la realidad que atravesamos, habitamos la tensión de realizar un trabajo que nos gratifica y consideramos indispensable, frente a la precarización que nos vemos forzados y forzadas a sufrir. Lo sostenemos poniendo el cuerpo, generando lazo y equipos entre nosotros y con el barrio, pero la situación es insoportable. El pedido es a todas aquellas instancias del Estado que manifiestan su preocupación por la realidad que atravesamos, que puedan abandonar la hipocresía y destinen los recursos necesarios a fortalecer las políticas públicas que verdaderamente producen un cambio en los territorios.